

El "U 35"

Hay ideas que brotan en el cerebro ante el conjuro de un lápiz, como el agua brotó bajo la vara de Moisés. Yo invito al lector a que dibuje el contorno de Europa y de cada una de las naciones que constituyen este continente, sobre un papel blanco, muy blanco, y a que después, lápiz en ristre, tinte de negro, cuanto más negro mejor, todas aquellas que estén en guerra actualmente... El efecto que se observa es curioso. Al Norte se ve un manchón blanco (Suecia y Noruega); después dos pequeñas manchitas (Holanda y Dinamarca); más al Sur, un punto blanco rodado de negro por todas partes, (Suiza) y aún se ven tres manchas más: Rumania, Grecia y España, pero ¡ay! tan pequeñas son todas en relación con el enorme borrón, que ante ese dibujo elemental brota la idea de que lo blanco será blanco mientras lo negro no tenga interés en que lo blanco cambie de color, y que fatalmente, si la lucha se prolonga, el mapa de Europa aparecerá como si sobre él hubiese volcado un chico enredador un jarro de tinta. Inútil es imitar al avestruz, y metiendo la cabeza en la arena para no ver el peligro, creer que puesto que no se ve no existe. Quizá si en una ciudad alegre y confiada, que diría Bonavente, sus políticos dedicasen un ratito de ocio a hacer el elemental dibujo que he indicado, se dieran cuenta entonces de la vecindad del fuego, de las proporciones del incendio y de que necesariamente, fatalmente un día llegará, en virtud de la ley de atracción de las masas, que lo pequeño girará en el torbellino de lo grande.

Cuando en corrillos y periódicos se ha hablado hasta hace poco de la probabilidad de que España intervenga un día más o menos lejano en la descomunal contienda, el argumento Aquiles que empleaban todos los que refutaban que podríamos caer en el platillo de los imperios centrales era el siguiente: Aun dando de barato que los intereses de Francia e Inglaterra estén reñidos con los nuestros, ¿qué auxilio podrían prestarnos los imperios centrales, aislados de nosotros, que tendríamos que sucumbir al ver bombardeadas nuestras costas por escuadras a las que sería quimérico querer oponerse?... Y respondiendo a esa pregunta, entre encajes de espuma, temerario, apareció entre las aguas de Cartagena el "U-35"... ¿Qué ha traído medicamentos y un mensaje para nuestro Monarca? No era eso lo más importante de su carga: lo que ha traído es la certeza absoluta de que si el caso llegase (y llegará), en los puertos más

importantes españoles aparecieran como por arte de magia número suficiente de submarinos para defender nuestras costas. Y de que con esos minúsculos barcos de guerra y minas se forma actualmente un poderoso escudo contra el que no se atreven a arremeter las más poderosas escuadras, buena prueba es que a las costas de Alemania en el Báltico y mar del Norte, y a las de Austria en el Adriático, no se acercan los que se dicen dueños del mar.

Y he aquí por qué, cuando yo supe que osado el "U-35" había aparecido en el puerto de Cartagena, sentí no sólo la admiración que embargó a todos o casi todos los españoles, ante la gallardía que ese acto representaba, sino la satisfacción y el descanso que encuentra el que viendo a lo lejos un peligro halla cerca de él armas con que rechazarlos... ¡Pero este hombre ve visiones!, dirán algunos... ¿Peligros? ¿Dónde?... Ahí orilla, en Portugal... Cuando yo era un mozo, lo escribí un soneto en el que imaginaba que dos niños, el uno portugués y el otro español, a quienes les habían encomendado que dibujasen sus respectivas patrias, presentaron ambos ante los ojos de su maestro el mapa de la península ibérica, olvidando los dos muchachos trazar la línea fronteriza artificial que separa lo que la naturaleza unió. Turgot ha dicho que esas fronteras que no siguen las líneas naturales geográficas, más tarde o más temprano desaparecen; que la geografía reclama sus derechos. Y será verdad, como verdades que en Portugal y en España hay muchos que soñamos con unir fraternalmente nuestras manos, con borrar como los chicos de mi soneto, esa línea fronteriza que no tiene razón de ser, pero una cosa son los sueños y otra muy distinta la realidad.

Portugal sigue haciendo preparativos bélicos, y a mi poder continúan llegando cartas del país vecino, en que se me dice del modo despectivo como nos tratan a los españoles, y en que se presume que esos aprestos militares, como se ha dicho ya en la Prensa, no van encaminados a prestar ayuda directa a los aliados, sino a castigarnos por nuestra resistencia a tomar parte en la contienda a su favor, satisfaciendo a la par las aspiraciones de los que sueñan, no con la federación de dos Estados, sino con uno solo y la capital de este en Lisboa. ¿Quimeras?... ¡Ojalá me equivoque!... porque es el caso que si quimérico sería que Portugal aisladamente intentara cristalizar en hechos las aspiraciones de algunos, teniendo a su espalda a Inglaterra, que le proporcionaría toda clase de elementos de guerra, lo que parece quimérico no lo es. Y he aquí por qué yo imagino que, de no terminar esta colossal contienda, pronto, muy pronto, ese enorme borrón que cubre casi todo el ma-

pa de Europa se irá corriendo como torbellino de aceite, como si la tinta de que hablé la hubieran vertido sobre un papel esponjoso. Si España se prepara o no para rechazar en caso necesario la agresión, no lo sé, y si lo supiera lo callaría; pero si el momento llega de que nos veamos, envueltos en el torbellino de la guerra; si el instante asoma en que debemos recoger nuestro espíritu para meditar dónde nos llaman nuestros intereses y nuestras simpatías, no olvidemos la gallardía de "U-35", no pensemos en la desproporción inaudita que existe entre nuestra escuadra y el poder de las que pudieran atacar nuestras costas, que ese submarino, entre encajes de espuma, ha venido a decirle a España, que en caso necesario, de entre las ondas del mar surgirán las defensas que nuestra Patria necesita.

ARMANDO GUERRA

El Sr. Arzobispo de Tarragona

Este insigne Prelado de la Iglesia española ha sido nuestro huésped por breves días y ha venido a Cartagena a continuar su valiente campaña de luchador entusiasta de toda idea noble, de toda causa justa.

Ha venido a Cartagena a ser el Mantenedor de los Juegos Florales de la Cruz Roja, y hemos tenido el gusto de oírle un magistral trabajo ensalzando las glorias de esta bienhechora institución.

Grande era nuestro anhelo de ver de cerca al insigne Prelado que entre sus muchos títulos ostenta con orgullo

el de periodista católico. Sus luminosas obras sobre prensa católica vienen siendo libros de consulta de nuestros propagandistas, y páginas ardientes donde nuestra generación ha bebido el entusiasmo por la difusión de las buenas lecturas.

Es sin disputa el que más ha contribuido al florecimiento de nuestra prensa, habiendo llegado a escribir un folleto al que puso por título «Una limosna para la prensa» y del que repartió varios miles de ejemplares gratuitamente.

Aunque ya los católicos españoles van prestando al periódico alguna atención y auxiliándole con recursos pecuniarios, no ha llegado todavía, por desgracia, la hora de contar con una prensa de la altura y condiciones que el señor Arzobispo nos ha descrito en sus libros.

Mas nos vamos acercando poco a poco al fin deseado. Los comerciantes católicos ya van comprendiendo la necesidad de no contribuir con sus anuncios a la prensa impía y sectaria; los católicos en general la obligación que tienen de procurar ingresos a nuestra prensa con las ~~enajenaciones~~ de defunción, Horas Santas, etc., etc.

Hemos de darnos prisa en nuestra obra de reconstitución social y religiosa. Los chispazos revolucionarios van saltando de cuando en cuando, y hoy el único medio de mantener el fuego sagrado de la Religión y de la Patria es contar con una prensa netamente católica, capaz de competir por sus condiciones con la prensa enemiga.

MATARIS

IRLANDA

Irlanda, la más bella paloma de las islas,
la de los verdes campos, la encantadora Erin,
tendida en el romántico sepulcro de sus flores
aguarda, suspirando, sus males tengan fin.
Albión, la bandolera de pueblos y de mares,
robóla sus tesoros, armada de puñal;
y Erin, desde la horca, injustamente alzada,
proclama LIBERTAD...

En su dolor, abraza con místico entusiasmo,
como única esperanza, la Cruz del Redentor.

Albión, ¡maldita seas! Albión, ¡maldita seas!
Tus labios beben sangre; tu sed no calmará...
La sangre de los hombres que a tu furor sucumben
tu cuerpo de gigante robusteciendo va.
Hipócrita, al esclavo le quitas la cadena
tu yugo insoportable poniéndole a la par.

Erin repite el himno que entona el Continente,
cantando las victorias de invicto Emperador;
y torna al Occidente sus ojos azorados,
fijos en la bandera que la lealtad salvó.
Los pueblos generosos te dan sus simpatías,
y al bárbaro pirata, maldicen, de la mar.
¡Oh! Europa tendrá rayos para el pirata, ¡y pronto!
libre, Irlanda, serás!

VENTURA RUIZ AGUILERA y yo.
